

## Recuerdos

Cuando empecé, bailaban en sus salas y los relojes de música franceses daban vueltas encima de las repisas de las chimeneas doradas. Y me querían, les gustaba lo que creaba con mis manos. El perrito en el regazo de la señorita, las muchachas de mejillas encarnadas y los mozos orgullosos con sus navajitas, el gentío en el mercado soleado, caras redondas y bronceadas, todo interrumpido sólo por hombres flacos con librea azul, cuyas pelucas empolvadas contrastaban con los muros arenosos bajo el sol ardiente. Les gustaba. Era la vida sencilla y aburrida que querían ver. Tápices era lo que dejaron que se produjera para sus salas altas. Se deleitaban con ellos y seguían dando vueltas y más vueltas, bailando.

Hasta allí, dentro del coloso de piedra en medio de la sierra, a donde habían trasladado el cadáver del último gran rey desde la soledad de la Extremadura lejana, donde su hijo había reinado un imperio mundial con un lápiz y una hoja de papel y había podido ver el altar desde su cama y donde el último de los Austrias, demacrado, con el labio espantoso y la barbilla de monstruo, había caído en la locura, ahí estaban ahora colgados los cuadros que tanto les gustaban a los franceses porque mostraban una España brillante y no la sombría, de piedra, llena de demonios católicos y paganos que llevaba gobernando desde cincuenta años y que todavía les resultaba inquietante.

Ahora, aquí en Burdeos, estoy sentado bajo la luz de una lámpara de gas, con la vista sobre el Garona. “Los felices días de Aranjuez se han acabado” así empieza en francés la obra de un poeta alemán sobre el imbécil Don Carlos que un amigo me dio. Y tiene razón, los días felices se han acabado, pero para mí nunca tuvieron lugar. Porque veía lo que estaba detrás de la hermosa apariencia de los tapices y los relojes de música. Veía al pobre con la cruz en la mano a quien estrangularon, a los presos envueltos en harapos, los pies y las muñecas ensangrentados, los locos en sus excrementos que debían luchar en el patio como gladiadores y veía a los hombres a los que la Inquisición obligaba ponerse ridículos gorros de papel antes de entregarlos al fuego. Lo vi y no hice nada, incluso trabajé para ellos, los pintaba. Con sus

uniformes, con la mirada fría de los nobles que no delataba que su riqueza brotaba de violencia y muerte y que en el fondo tenían miedo de lo que iba a venir y que no podían suprimir: los demonios de la muerte, del infierno, de la negra incertidumbre.

Yo era bueno. Lo sabían. Fue el único que tenía permiso para pintarlos como eran. El rey tosco como un tratante de ganado que acaba de ganar jugando a los naipes. Su esposa, la fea italiana, con el cuello largo y la cara y el deseo de una vieja ramera como las que se veían en las callejas oscuras de Madrid. Toda su familia fea, los niños lobunos, los mayores con enormes lunares peludos.

Como el gran Velázquez que era podía permitirme el pintarme a mí mismo en el cuadro, a mí junto al rey. Y tenía permiso para pintar a este hombre, al gordo favorito de la reina, el que le ponía los cuernos al rey ante los ojos del estado entero con la vieja y fea mujer. Elegí el centro del cuadro para sus piernas rollizas, dentro de unos pantalones demasiado ajustados que llevaba para impresionar a su reina con su masculinidad. Su cara era gorda y tonta pero no lo entendió. Sin embargo fue gracias a mi trabajo que la conoció también a ella. Ella que tenía la piel blanca como la nieve y el pelo negro como el carbón. La pinté y le hice el amor y la pinté y podía recuperarme en su palacio de Sanlúcar cuando venían los fantasmas. Allí, en el aire salino del Atlántico y en la clara luz del sol vivía tiempos felices como un noble. Así que no puedo quejarme de los que ya enfrentaron su decadencia y que además me protegían de la Inquisición. Porque mientras los pintaba en toda su gloria y también honraba a la Santa Iglesia con cuadros de papas y santos y la decoración de iglesias enteras, por las noches ya veía el otro mundo. Un mundo lleno de fantasmas y demonios, de brujas, caníbales y locos que venían en el sueño y que intentaba exorcizar corroyendo planchas metálicas. Pero tampoco podía escaparlos con la ayuda de la razón que tanto admiraba. Y las esperanzas de una política de razón terminaron en una catástrofe, cuando entró en Madrid la figura de de aquel pequeño corso. Porque los nietos de Rousseau, de Voltaire y Diderot nos traían nada más que odio, violencia y muerte. De nuevo los moros marchaban por Madrid, con sables y turbantes y por

la noche había cadáveres en las calles. Yo no podía luchar para liberar el país, sólo podía pintar y grabar. No quedaba esperanza de libertad. Sustituyeron un soberano incapaz por un soberano cruel. Mientras que el tratante viejo siguió con su menage a trois con la mujer del cuello de cisne y su soldado gordo, el regente fracasado, en Roma, su hijo el cruel reinstaló las fuerzas anteriores. Yo ya era demasiado débil, vi, ya sin oído, cómo volvió el pasado, la iglesia, la Inquisición, la nobleza.

Se dice que la pérdida de un sentido fortalece los demás. Y eso era mi caso, de modo casi insoportable. La vida real ya era bastante cruel, pero cuando la mirada se agudiza hasta esas esferas ocultas e invisibles para los sentidos normales, uno no puede soportarlo solo. Era demasiado, tenía que pintarlo. ¿Pero cómo realizarlo? Como el nuevo rey ya me veía como afrancesado y también la Inquisición se interesaba por mí, no podía pintar esos cuadros sobre lienzo. Por eso los pinté sobre el enlucido blanco de las paredes de mi casa. Sólo ahí podía plasmar esa España oscura que veía por entonces. Esa España que, como Kronos, devoraba a sus hijos llenos de amor por la libertad y que prefería dejar ignorante y supersticioso a su pueblo antes que otorgarle hasta la más mínima libertad. Una España negra, de la que se burla toda Europa y para la que estoy demasiado cansado. Así que moriré aquí, en un país extranjero, en este país en el que se unen la libertad, la razón y el terror de modo muy peculiar. ¿Y no será que se prefiere el terror unido con la razón al terror irrazonable? Aquí en Francia sigo aprendiendo mientras que de España sólo me quedan recuerdos. Del sol que forma un contraste tan especial con el lado oscuro de España, de los toros y su agonía que fijé en planchas, de las majas de Madrid, de las muchas caras muertas que veía de día y sobre todo de noche y de los relojes de música y de los bailes de un mundo desaparecido.